

FOREVER

Cristina Boscá

Fragmento

1

Robin

—Cariño, sal por la otra puerta, no vayan a vernos juntos.

No consigo quitarme de la cabeza la naturalidad con la que me soltó aquello, sin inmutarse. Y lo peor fue lo poco que me sorprendió. Él, como siempre, tan encantador y desagradable al mismo tiempo. Pero no he dejado de darle vueltas desde anoche. Exactamente, ¿qué le preocupa? ¿Que lo vean otra vez con una tía? ¿Que se hable de él, cosa que le encanta? ¿O será que no quiere que lo relacionen con una chica como yo, que no tiene nada que ver con sus anteriores líos?

Lío, eso es lo que tengo yo hoy. Sacudo la cabeza esperando que el movimiento físico me ayude a ordenar las ideas. Miro la hora en el móvil y tengo motivos para sonreír; voy a ser puntual y sin ni siquiera tener que maquillarme en el metro. Voy a evitar las miradas crueles y despectivas de las chicas perfectas con las que suelo coincidir y que no aprueban que me retoque a la vista de todos. Lo que no saben es que, gracias a mis malabarismos, estoy desarrollando una técnica depurada ¡que ya querrían ellas! Podría hacerme un ahumado hasta en un avión durante un aterrizaje movido. Lo sé porque lo he hecho... Pero reconozco que mi objetivo esta semana es evitar ir a mataballo todo el día, y eso implica no tener que terminar de arreglarme en el transporte público, por muy bien que se me dé. Así que, de momento, caos cero, Robin uno.

Y eso que esta mañana no pintaba nada bien cuando, desesperada, incluso barajé la posibilidad de ir de compras ante la típica crisis «no tengo nada que ponerme». Tras probármelo todo y dejar mi casa como si Bella y Edward hubieran pasado su noche de bodas en mi dormitorio, por fin di con EL MODELITO: falda skater, crop top con estampado de helados y zapatillas blancas. Parecerá una tontería, pero sentirme favorecida me da una seguridad extra.

El metro pasa por la estación de Bilbao, la próxima parada es la mía. ¡Si hasta voy a tener tiempo suficiente para tomarme un té chai con soja antes de llegar! Eso sí, a precio de adosado en la costa (menos mal que no todos los días voy bien de tiempo...).

Todo está saliendo según mis cálculos, pero a pesar de lo bien que se me está dando el lunes siento esa palpitación en el pecho, ese gusanillo en el estómago... Creo que ya puedo decir, tajante, tras un año en la radio, que no son nervios... ¡Es emoción! Y aunque resulta algo estresante vivir con este cosquilleo, no querría dejar de sentirlo nunca, porque me demuestra que sigo enamorada de mi trabajo.

Saco mis apuntes y repaso las preguntas por décimo octava vez. Hoy, por fin, tendré en mi programa a los chicos que protagonizan el último fenómeno musical de nuestro país. Estoy deseando preguntarles cómo están viviendo esta experiencia, qué proyectos tienen, qué han preparado para su próxima gira... Mi móvil vibra en mi

nueva mochila de polipiel negra acolchada (que me tiene loca de amor, con ella no tuve dudas esta mañana) y leo a Rebeca, que me da los buenos días... a su manera, claro.

—Hoy entrevistas a los buenorros de Dani y Jesús, ¿no? Dales un morreo de mi parte, anda.

—Hola, loquita, ¿qué tal si te buscas un chico de tu generación y dejas de babear con menores de edad? #EresUnaBeliever

—Mira quién fue a hablar... Seguro que te has puesto falda, zapatillas y mochila... #SoyMasDeHarryStyles

No puedo evitar sonreír, ajena al resto de zombis que viajan a estas horas en mi vagón. Por lo bien que me conoce y por su amor por el greñudo de One Direction, empiezo a temer qué pasará el día que tenga que entrevistarlos. Lo mismo me secuestra y se presenta ella en mi lugar.

Aprieto fuerte el móvil como si así pudiera sentirme más cerca de Rebeca. Es mi otra mitad desde que nos conocimos el primer año de universidad. Pasamos juntas prácticamente todo nuestro tiempo libre. Fiestas, inauguraciones, conciertos... Ya se encarga ella de apuntarnos a las listas VIP de los mejores saraos de la ciudad para que no nos falte nunca un plan. El móvil vuelve a vibrar. ¡A ver qué se le ha ocurrido a esta loca ahora!

—Que no me entere yo de que tontee hoy con los chicos esos...

Y ¡oh, sorpresa!, el mensaje es del mismo tío que no quiso acompañarme a casa anoche por miedo a que nos vieran juntos. Pero ¿cómo se puede ser tan rematadamente idiota? Pienso mientras tecleo a toda prisa:

—Llegué bien a casa, gracias. Sí, también he dormido muy bien. Un detalle que me desees suerte. ¡Ah! Y son unos NIÑOS.

Cierro los puños con fuerza mientras lucho porque no me invada la rabia. Me preparo para salir, he llegado a mi parada. Aún tengo esperanzas de que la gente asimile la norma básica «antes de entrar dejen salir», cuando una señora me embiste y tengo que retroceder antes de llegar, por fin, al andén.

Subo las escaleras en tiempo récord y suspiro disfrutando por un momento de la inmensidad de los edificios. Sonrío admirando cómo se refleja el sol en los cristales. Paradójicamente, me resulta organizado el caos que reina a estas horas en la siempre imponente Gran Vía de Madrid. Quizá, a pesar de todo, hoy pueda ser un buen día.

Aún estoy a unos metros de la puerta de la radio y ya veo la cantidad de gente que ha venido a ver a los chicos. Unas trescientas personas esperan pacientes con pancartas, sus nombres en la cara, camisetas customizadas, cámaras de fotos...

—¡Robin! —Oigo al acercarme.

—Chicas, ¿qué tal? ¿Nerviosas? —respondo con una sonrisa de emoción sincera.

—Sí, ¡mucho! Me muero por verlos otra vez. Y mi amiga, Baby, creo que está entrando en estado de shock...

Una niña preciosa y delicada sonrío, algo incómoda. Sí que es cierto que parece sobrepasada...

—Bueno, vosotras tranquilas. Quedaos aquí, que enseguida baja la productora y os sube al estudio.

—Pero ¿cuándo llegan ellos? Anda, dinos, porfa, porfa...

—No tardarán, y esta es la única puerta...

Les guiño un ojo y la rubia despampanante de ojos azules a quien ya conozco de vista de otros eventos da un grito acompañado de pequeños saltitos.

Entro en el edificio y pasa un buen rato hasta que consigo llegar a mi mesa.

—Hola, buenos días, loquers.

Mis compañeros están tan concentrados escuchando música o editando audios que ninguno contesta, pero no le doy importancia, ocurre bastante a menudo. Cuando despeguen los ojos de su pantalla y me vean, incluso puede que se asusten. Como es un milagro que en esta empresa esté todo tan tranquilito y no tengo tiempo para cachondeo, aun a riesgo de que me llamen borde, no insisto, y me pongo a escribir un mail a mi compañera Lucía, que debe de andar por los estudios de radio. ¿Tendrá todo listo? ¿Público e invitados? Mientras espero respuesta, preparo las canciones que pondré en el programa.

Lo mejor está por venir, Carrusel... ¡Ah! Y quiero ponerles Chicas, chicas y aprovechar para hablar del fenómeno fan... Es una canción que describe el acoso que sufren por parte de sus admiradoras, de ellas, las locuras que están dispuestas a hacer con tal de verlos de cerca... Me pregunto si, con lo peques que son, no se habrán escandalizado más de una vez de lo que les habrán llegado a proponer...

Lucía llega a la redacción justo cuando imagino a un grupo de chicas esperando a la salida de un concierto de Jesús y Daniel armadas con juguetes que asustarían al mismísimo Christian Grey. Lo que me recuerda que una vez Leiva me confesó en una entrevista que lo más raro que le había regalado una fan era un látigo.

El sonido de los formularios de autorizaciones que los menores traen para poder asistir de público cayendo sobre mi mesa me devuelve a la realidad. Lucía agita una mano delante de mi cara y me pregunta si estoy bien. En ese momento, mis compañeros se dan cuenta de que estamos en la redacción y se quitan los cascos.

—¡Chicas! Pero ¡qué antipáticas sois! Llegáis y ni un beso, ni un abrazo... ¿Ni siquiera un saludo?

Juro que nunca entenderé la obsesión por tanto beso si nos vemos a diario. Miro fijamente a Fede, le saco el dedo corazón y, con una sonrisa, le pregunto:

—¿Café?

—¡Venga! ¡Uno solo, por favor! ¡Gracias, ARISCAAAA!

Esto último lo grita fuerte para que pueda oírlo, porque antes de que termine su frase yo ya estoy yendo hacia la cafetería.

A toda prisa y con el móvil en la mano, me choco con alguien que huele realmente bien. Me recreo un momento, sin saber por qué, en el tacto de su pecho en mi cara y en sus brazos, que me han sujetado para amortiguar el golpe. Pido disculpas avergonzada antes de levantar la cabeza y, cuando lo hago, me topo con los ojos más dulces que he visto en mi vida...

2

Jesús

—En serio, Daniel, yo creo que ya tienes bien el tupé, ¿no?

—Espera, que voy a hacértelo a ti para ver cómo queda de lejos.

Es algo que hacemos desde hace tiempo, nos usamos el uno al otro de espejo. Total, somos idénticos. Pero hoy Daniel se está pasando. Lleva media hora probándose camisetas y peinándose.

—No, ni de coña, mi pelo se queda como está. Y el tuyo también, que tenemos que salir ya.

Hemos decidido llevar exactamente el mismo look: zapatillas grises con estampado de Mickey Mouse, pitillos negros y camisas vaqueras abiertas encima de camisetas básicas de algodón. Daniel, además, cree que nos queda bien la placa estilo militar que nos regaló nuestra madre. Pero yo sé que la quiere llevar porque se está convirtiendo en su amuleto. Adora esa cadena.

Entiendo que esté nervioso, yo también lo estoy, hoy es un día especial. Vamos a la emisora de radio musical más importante del país. Nos han llamado del programa más top del momento, dirigido y presentado por Robin Gómez, una chica que parece muy agradable, aunque, no sé por qué, me impone bastante que nos entreviste.

—Tío, tú sabes lo buena que está la Robin esa, ¿no? ¡Bua, chaval!

—Ya puedes ponerte lo que te dé la gana, que no se va a fijar en nosotros... Para ella somos unos críos —digo mientras recojo los móviles y las carteras de los dos.

—Cuando me la lleve a cenar ya te diré lo que piensa de mí.

Y Daniel desaparece cantando:

Dame de tu boca ese sabor

y beso a beso

derrama en mi piel esa pasión

que llevas dentro.

Pongo los ojos en blanco e inevitablemente canto con él, como siempre, a dúo, inundando la casa de música. Estamos tan unidos, tan sincronizados, que me da miedo pensar en que algún día nuestra idea de compartir una gran casa dividida en dos, cada uno con su propia familia, no pueda hacerse realidad y tengamos que separarnos. Un pinchazo en el estómago me obliga a apartar esos pensamientos y a volver a la realidad. Repaso mentalmente lo que probablemente nos pregunten: fechas de conciertos, próximos proyectos, sorpresas para la gira de verano... Estamos listos para la entrevista.

El bocinazo de la furgoneta en la calle nos hace salir apresurados, Jorge nos espera dentro. Es nuestro road manager, la persona que está siempre con nosotros. Es como un hermano mayor más que un compañero de trabajo.

—¿Qué tal, chicos? ¿Preparados?

—Hola, Jorge... Sí, por supuesto.

—Bueno, para ser sinceros, Daniel se ha preparado más para intentar ligarse a la presentadora esa. Pero no te preocupes, que yo me he empollado bien lo que nos interesa destacar de cara a la promoción.

—Así me gusta, Jesús. Dani, me apuesto lo que quieras a que ni siquiera consigues que venga al concierto de esta noche.

Daniel se levanta de su asiento, le ofrece la mano a Jorge y, con mucha chulería, le contesta:

—¿El nuevo Call Of Duty a que lo consigo?

—Hecho. —Jorge ríe a carcajada limpia y le da un apretón de mano.

Tras la apuesta cantamos y debatimos qué tema interpretar en caso de que Robin nos proponga improvisar algo en directo. Lo mejor está por venir, esa haremos.

Llegamos a Gran Vía y miro embobado el juego de luces que se forma a esas horas de la mañana entre el sol y los cristales de los míticos edificios. Me paro un momento a pensar lo que nos está pasando... Va todo tan deprisa que es como si lo estuviese viendo en una película, como si le ocurriera a otro, vamos. Me da pánico que se acabe, no ser capaz de mantener este sueño con vida y sé que me estoy torturando sin sentido. Lo único que podemos hacer es seguir trabajando como hasta ahora y lo mejor posible, superarnos y aprender. Salgo de mi estado de reflexión cuando oigo gritar a Daniel.

—¿Estáis viendo eso?! ¡Qué flipe, tío! Debe de haber unas trescientas personas esperándonos.

—Voy a llamar a la gente del programa ahora mismo. Necesito que alguien me ayude a llevaros hasta la puerta. ¡Os van a comer! —dice Jorge visiblemente afectado.

Es muy bueno en su trabajo y nos adora. No se toma estas cosas a la ligera ni consigue disfrutarlas nunca. Nosotros siempre lo tranquilizamos, explicándole que no es para tanto y que nos flipan los encuentros con nuestras princesas. La llamada de Jorge a producción ha surgido efecto instantáneo. Vemos cómo de entre la multitud sale una chica alta y delgada que se abre paso hasta llegar a la puerta de atrás de la furgoneta. Golpea la ventanilla y Daniel abre la puerta. Como una lagartija, se desliza rápida por el pequeño hueco y cierra de un portazo para que las chicas no puedan aprovechar el momento para entrar también. Va cargada con dos móviles, lleva puesto un manos libres de auriculares y micrófono de diadema. Está seria, con el ceño fruncido, claramente concentrada. Eso sí, desprende una energía tan arrolladora que no me extrañaría nada si me dijeran que ella solita se encarga de montar la Super Bowl cada año.

Es clara y contundente cuando nos da las instrucciones para salir de la furgoneta y entrar en el edificio:

—Chicos, tenéis que ser rápidos y no os podéis parar a hablar con ninguna chica. Nosotros nos encargamos de rodearos y pedir disculpas en vuestro nombre. Os pedirán fotos, autógrafos, besos... No deis nada. Basta con que cedáis con una de ellas, para que el resto se abalance sobre vosotros y nos ponga a todos en peligro. Hacedme caso, no son fans, son una masa peligrosa.

Jorge asiente todo el tiempo dándole la razón. A mí, en cambio, no me hacen ninguna gracia las indicaciones que nos da, sería mucho más fácil atender a todas. De hecho, es probable que nunca nos lo perdonen y hasta podré comprender que así lo hagan. Este no es modo de tratar a nuestras fans, deben de llevar aquí horas esperando para vernos y no puedo callarme.

—Perdonad, pero no estoy de acuerdo. Sois unos exagerados. ¡No son más que unas chavalas que quieren una foto! El motivo de que estemos hoy aquí, promocionando nuestra gira, ¿no os dais cuenta?

A mi lado, Daniel se endereza, dejando claro con su gesto que opina como yo. Pero no añade nada. Es así como funciona nuestra relación. Pensamos siempre prácticamente lo mismo y nos protegemos y apoyamos en todo momento. Igual está feo que lo reconozca, pero yo suelo llevar la voz cantante y decido por los dos la mayor parte del tiempo.

Jorge y la chica de producción, que no nos ha dicho ni cómo se llama, se miran molestos, y ceden.

—Está bien, atendéis a las chicas, pero no podéis estar todo el día. Calculo que solo habrá tiempo para unas veinte fotos —dice la productora mientras se ajusta las gafas a la nariz—. Robin os espera y el programa es en directo.

Llegan tres profesionales de la seguridad privada de la radio y crean espacio suficiente para que podamos salir. Daniel y yo nos miramos a los ojos y asentimos como dando el pistoletazo de salida a esa carrera hasta la puerta del edificio, en la que ya se han congregado trabajadores de la emisora. Solo les faltan las palomitas para disfrutar en condiciones del espectáculo.

Doy tres pasos y cojo el primer móvil de una de las chicas para hacernos un selfie, firmo rápido a otra, dos selfies más, tres abrazos, no dejo de dar las gracias a todas y sonrío de corazón. Estoy emocionado de verdad al ver todas sus muestras de cariño. Me regalan peluches, cartas, pulseras... Firmo fotos que nos hicimos con ellas y que traen impresas, camisetas, entradas de conciertos...

De pronto, noto un empujón. No es nadie y al mismo tiempo somos todos. Siento que me mantendría erguido aunque dejara de tener los pies en el suelo, porque estoy literalmente apresado por una masa de gente. Vale, reconozco que quizá se nos está yendo de las manos. Oigo a mucha gente gritar el nombre de mi hermano, a quien no veo desde hace unos minutos, ha avanzado más que yo. Cuando miro preocupado hacia el origen de esos gritos, descubro que están formando un corro alrededor de alguien. Me abro paso entre la gente hasta llegar a la altura de Daniel y lo veo en el suelo, con los ojos cerrados.

Me agacho y le sujeto la cabeza con las manos para reanimarlo. Entreabre los ojos y, con una sonrisa, balbucea:

—Es un ángel, ¿la has visto? Es mi ángel.

Pero ¿qué dice? Me suda todo el cuerpo y me entra el pánico. Pido ayuda a gritos y entre todos conseguimos levantarlo y llegar hasta el vestíbulo del edificio. A pesar de lo aturdido y asustado que estoy, no me pasa desapercibido el portal tan psicodélico que tengo delante. Una decena de espejos biselados que recuerdan a la entrada de algún casino o bingo nos devuelven nuestra triste estampa multiplicada. Reconozco que me he equivocado y me siento culpable.

Llegamos a la séptima planta y Daniel ya está recuperado, ha sido solo un desmayo. Aunque no parece necesitar nada, quiero sentirme útil y decido ir a buscarle un vaso de agua. No conozco las instalaciones y Jorge me insiste en que no me mueva. Salgo sin hacerle caso, estoy muy agobiado y no puedo estar quieto.

Como pollo sin cabeza voy, sin una dirección concreta, dando tumbos, y de pronto me choco con una chica. Está a punto de caerse, pero la sujeto entre mis brazos y la freno con mi pecho. Es un poco más bajita que yo y tiene un pelazo que reconozco enseguida. Pasan unos segundos que me saben a gloria hasta que se separa de mí y, no sé por qué, no quiero que lo haga.

—Perdona..., yo... —dice justo antes de levantar la mirada.

Cuando me reconoce, sus preciosos ojos claros se iluminan y avergüenzan al mismo tiempo. Es la chica más bonita y dulce que he visto en mi vida.

3

Daniel

¡Qué locura! ¿Cómo ha podido pasar algo así? Estoy confuso. Sé que querían protegerme, pero al final son ellos, el cuerpo de seguridad, los que parece que generan confusión y caos. No recuerdo bien cómo ha sido, pero creo que todo empezó con un simple tropezón de una chica que, para no caerse, se agarró a mi cadena y la rompió. Fue sin querer, pero uno de los hombres de seguridad se asustó y me apartó de ella para protegerme (no sé qué pensaba que iba a hacerme); no resistí el empujón y acabé en el suelo. Me duele el estómago al recordarlo, pero sobre todo porque adoro esa cadena que me regaló mi madre.

Y con todo ese jaleo, hasta he tenido alucinaciones. Porque eso ha debido de ocurrir cuando de pronto todo ha pasado a ser blanco y negro excepto ella, una chica que brillaba con luz propia. No recuerdo su cara, solo que era perfecta, como un ángel... Sin duda ha sido mi imaginación. Sujetaba la cadena triste, sufriendo por mí, mirándome a los ojos. Estiraba el brazo intentando alcanzarme la cadena, quería dármela, pero no conseguía abrirse paso entre la multitud... Eso es lo último que recuerdo. Eso, y que todo me daba vueltas. Luego, desperté en el suelo. Pobre Jesús, tenía la cara desencajada. Les he dado un buen susto a todos.

Voy a procurar olvidar todo lo que ha pasado. Al final, la productora del programa y Jorge tenían parte de razón; la situación era peligrosa para todos. Me arreglo la camisa, me sacudo los pantalones y miro el móvil. Al menos no se ha roto cuando me he caído al suelo. Es la hora, tenemos que subir al estudio. ¿Dónde se habrá metido Jesús?

Me quedo mirando la entrada en la que estamos, repleta de radios clásicas. Hay modelos que deben de tener unos cien años. Observo también la pantalla enorme en la que se reproduce el canal de televisión musical de la emisora. Es increíble que nuestros videoclips sean de los que más se emiten ahora. Aún no puedo creer que esto nos esté pasando. Me parece que por eso, por mi inseguridad, últimamente me comporto de «ese modo». Intento demostrar que todo esto no me supera y quizá parezco algo sobrado. He pensado mucho en ello desde que Jorge me lo comentó.

Oigo la puerta y veo que entra Jesús acompañado de Robin. La presentadora es mucho más guapa en persona que en televisión y foto. Tiene una sonrisa contagiosa que es todo luz y sensualidad, con esos labios rojos y carnosos. Parece más joven de lo que en realidad es, quizá por sus rasgos...

Me acerco a saludarla y es el propio Jesús quien hace las presentaciones. Ella me mira con esos ojazos azules y me desarma. Ahora es cuando me entra a mí la vergüenza y empiezo a decir idioteces para que no se me note. En tres, dos...

—Bueno, bueno..., ¡eres un pibón, Robin! Mucho más guapa en persona que en televisión... ¡Y mira que eso ya es decir!

Le doy dos besos mientras ella sonrío, incómoda.

—Gracias, Daniel, tenía muchas ganas de conoceros, estoy fascinada con vuestro trabajo. —Se pone muy seria de pronto.

Acto seguido nos invita a seguirla hasta el estudio. Pasamos por la redacción y otros presentadores que conozco también de la radio y la tele se levantan a saludarnos dejando lo que están haciendo. Entre bromas, risas y fotos, la tranquila redacción se convierte en casi una fiesta a nuestro paso.

Aparece la productora de antes. Tiene el mismo aspecto de estresada y anuncia que el público ya está en el estudio esperando.

—Ella es Lucía —dice Robin.

Pero Lucía da manotazos al aire para dejarnos claro que no va a perder su valioso tiempo en besarnos ni darnos la mano.

Seguimos avanzando y veo una guitarra colgada en la pared. No puedo evitar acercarme y veo que está firmada por Alejandro Sanz. Llamo a Jesús, que se aproxima emocionado, también, y roza con el dedo el cristal que la protege como si fuera un tesoro. Para nosotros lo es. Hemos crecido con sus canciones. Habrá estado mil veces en esta redacción, pisando el suelo que ahora pisamos nosotros. ¡Me siento tan afortunado! Le masajeo la oreja a Jesús. Estoy poniéndome nervioso.

Lucía carraspea fuerte y le recuerda a Robin que quedan solo diez minutos para que empiece el programa. Noto todas las miradas puestas en nosotros y, como no quiero que nos tengan que pedir que sigamos, le doy un golpecito en la espalda a Jesús y vamos de nuevo hacia el grupo.

Subimos las escaleras, cruzamos otra redacción y llegamos a la puerta del estudio.

—Robin, ¿aquí es donde tenéis esa terraza con vistas a Madrid que veo en vuestros Snapchats?

—Sí, justo ahí. Os prometo que cuando acabe la entrevista os llevo a verla, ¿vale? — me dice atravesándome con sus ojazos.

—¿Es una cita? —pregunto guiñando un ojo y derrochando todo mi encanto. Ha vuelto a salir el «Daniel bocazas».

Robin fuerza una sonrisa y se gira. Jesús me mira serio.

—Relaja la raja, tío, que tampoco he dicho nada... —le susurro sin que Robin pueda oírnos.

—Chicos, esperad aquí, Lucía os avisará cuando sea el momento de entrar.

Nos señala una sala muy pequeña separada por un cristal del estudio en el que se hará la entrevista. El público ya está sentado en las sillas. Las chicas cuchichean nerviosas. Puedo ver, desde aquí, banderas, pancartas, camisetas con nuestra imagen... Alguna lleva escrito en la cara nuestros nombres y muchas lloran. No saben que podemos verlas. De ser así, seguro que se volverían locas.

De pronto veo a Laura. Es una de nuestras fans más fieles, no se pierde ninguna de nuestras actuaciones, firmas de discos... Además es una de las chicas más guapas que he visto en mi vida. Debe de tener unos dieciséis años, pero aparenta veinte. Rubia, ojos azules y curvas de escándalo. Me vuelve loco, la verdad. Y ella aprovecha cada vez que nos vemos para tentarme...

Le pego un codazo a Jesús y señalo a la chavala.

—¿Has visto quién ha venido? Madre mía, cómo está esa niña.

Jesús sonrío y asiente, pero noto que está a otra cosa. Supongo que concentrado en la entrevista. Comienza el programa y las chicas rompen a gritar cuando oyen que Robin anuncia nuestra visita. Unos diez minutos más tarde, escuchamos cómo nos presenta:

—Son el fenómeno musical del momento en nuestro país. Todo el mundo habla de ellos y tienen uno de los fandoms más potentes. Prácticamente cada día son trending topic en Twitter... Sus fans, sus «princesas», como ellos las llaman, se vuelven absolutamente locas cuando los ven...

Lucía nos avisa de que es el momento. Oímos nuestros nombres y entramos en el estudio. Los aplausos y gritos vuelven a sobrecogerme. Robin pide silencio y nos agradece que hayamos ido al programa.

La entrevista fluye con normalidad. Estamos muy a gusto y se nota que Robin está disfrutando también. El estudio es más un plató de televisión que un estudio convencional de radio. Todo está retransmitiéndose en streaming a través de la página web de la emisora y por eso hay cámaras, realizador...

Llega el momento de anunciar que hoy actuamos en Madrid.

—Es un concierto solo para prensa y amigos, pero nos gustaría invitar a una chica del público a que venga con un acompañante.

Antes de que pueda terminar la frase, las niñas gritan desatadas. Nos reímos y Robin propone un concurso para conseguir la invitación para dos personas.

Hacemos que parezca improvisado, pero ya lo habíamos hablado antes del programa. La mecánica será tipo audiciones a ciegas de La voz.

Robin elige al azar a una chica del público. Y no es otra que Laura, el bombón que me distrae todo el rato con sus caídas de ojos y, para qué voy a engañarme, con su escote. Se sienta en la mesa junto a Robin, se coloca los cascos y se pone de espaldas a nosotros. Tiene que adivinar cuál de los dos está cantando sin vernos. La verdad es que creo que es casi igual de difícil adivinarlo viéndonos que de espaldas. Hasta a mí me impacta lo idénticos que somos en todo.

Soy yo el que canto, un fragmento pequeño de No hay nadie como tú. Laura dice mi nombre y las chicas, rabiosas, acaban aplaudiendo solo porque Lucía las amenaza con la mirada y, sinceramente, da miedo. Esta productora es un auténtico sargento.

—Laura, enhorabuena. Esta noche estarás en el concierto exclusivo que darán los chicos en Hard Rock Cafe de Madrid. ¿Con quién irás? —dice Robin mientras Laura sonríe seductora mirándonos sin quitarnos la vista de encima.

—Con mi amiga Baby, claro. Ella también es muy fan de los chicos —contesta Laura señalando a una niña del público.

La chica en cuestión ahora mismo quiere desaparecer, estoy convencido. Se escurre en su asiento y baja la mirada, roja como un tomate. Es adorable. Me quedo más tiempo de lo normal mirándola. Entonces Jesús hace una pregunta que no me esperaba.

—Robin, ahora te toca a ti, ¿serás capaz de adivinar cuál de los dos canta? —Me giro y le miro interrogante. ¿De qué va esto?

Robin acepta el reto divertida. Se coloca de espaldas, yo miro a Jesús y se da un toque en el pecho dejándome claro que va a cantar él.

Eres la luz que alumbró mi mundo,
un amor profundo hay en ti que me hace sentir.
Veo que al fin lo nuestro es eterno,
con solo mirarnos perdemos el miedo.
Si es tu primera vez, te besaré lento
para que recuerdes que yo fui el primero.
Si es tu primera vez y tiemblan tus manos,
procuraré darte calor, que sientas lo mismo que yo.

Mi hermano deja de cantar. Ha sonado tan... intenso, tan emotivo... que entiendo que se haya creado un silencio incómodo. Robin se gira con la boca entreabierta. Está sonrojada, seria, esconde la mirada simulando leer su guión. Toda su seguridad se ha esfumado de golpe. Se acerca al micro y pronuncia el nombre de mi hermano con dificultad.

—Jesús...

Las chicas rompen la tensión con un fuerte aplauso. ¿Me he perdido algo? No entiendo bien qué pasa. Intento volver a la normalidad.

—Robin, tienes que prometernos que vendrás esta noche a vernos, ¿verdad, chicas? —
suelto con energía.

Robin asiente. Pero no parece convencida, así que de pronto se me ocurre una manera de ganar la apuesta a Jorge.

(...)